

Maria Gabriela Llansol

“LA ESCRITURA, UN TEJIDO DE DESEOS POR EL QUE NOS MOVEMOS”

“Yo vivo lo que he escrito (y lo que todavía he de escribir) como obra póstuma. Su longevidad sobrevivirá a la mía. Tendrá que existir por sí misma”, decía Maria Gabriela Llansol (Lisboa, 1931-2008) en esa híbrida poética del mundo que es *O Senhor de Herbais* (2001), y remarcaba la trascendencia de una obra profusa y ecléctica en la que las fronteras sólo existen como reto a traspasar mediante la palabra. Para Llansol, escribir es un proceso de construcción por el que la identidad —esa obra póstuma que tiene que *existir por sí misma*— ha de ser un resultado y no un punto de partida. Llansol ocupa un espacio literario entre las páginas portuguesas sostenido por casi una treintena obras, reconocidas por varios premios literarios, incluido el más prestigioso, el de novela de la Associação Portuguesa de Escritores (APE) en 1990 y 2007. Sin embargo, parece que estos méritos no fueron suficientes para desmarginalizar a una autora que se hizo a sí misma desde el exilio al que la empujó la dictadura salazarista, y en el que supo encontrar un espacio propio y singular entre las páginas lusas fraguado por el encuentro entre pensamiento y literatura.

Licenciada en derecho en 1955 (profesión que nunca llegó a ejercer) y en ciencias de la educación, combinó su inicial labor pedagógica con la publicación de los primeros cuentos, *Os Pregos na Erva* (1962). La pedagogía fue también su modo de vida en el exilio, cuando la situación política en Portugal y la guerra en las colonias africanas empujó a Maria Gabriela Llansol y su marido, Joaquim Augusto, a trasladarse en 1965 a la pequeña población de Herbais, en Bélgica, donde pasaron a formar parte de una cooperativa que dirigía una escuela experimental. Fue allí donde se sumió en la literatura, la filosofía y la teología e inició la búsqueda de una voz propia, alimentada por el diálogo con la gran literatura europea de la que fue traductora a la lengua portuguesa. Flaubert,

207

Baudelaire, Emily Dickinson, Oscar Wilde, Hölderlin, Sade, Rainer Maria Rilke, Paul Verlaine, Rimbaud, Teresa de Lisieux, Apollinaire, Paul Éluard, Virginia Woolf y Colette son nombres fundamentales para la biografía intelectual llansoliana, y muchos de ellos pasarán a ser sus personajes, además de Bach, Copérnico o San Juan de la Cruz, el poeta Camões o el plural Fernando Pessoa. Y con ellos, también serán protagonistas de ese mundo literario plantas, animales, objetos, música, pensamientos, utopías y quimeras. En esa amalgama temporal y espacial se forjan sus obras más memorables, y más sorprendentes también, ya tras el regreso a Portugal a mediados de la década de 1980. Se advierte en ellas esa búsqueda de un lector que Llansol considera asimismo escritor, desde una extrañeza mutua y desde un anonimato compartido que niega, como principio, cualquier forma de literatura representativa. Tras *O Livro das Comunidades* (1977) y *A Restante Vida* (1983) —obras de las que existe traducción española, aunque, infelizmente, de edición alternativa, Visión Net, 2005 y Cultiva Comunicación, 2008, respectivamente—, Llansol escribió sin descanso, y aparecieron, entre otras, *Contos do Mal Errante* (1986), el reencuentro con el poeta lusitana en *Da Sebe ao Ser* (1988), la infancia evocada de *Amar um Cão* (1990), la autobiográfica *Um Beijo dado Mais Tarde* (1990), ese “poema-sin-yo” de Hölder, de *Hölderlin* (1993), la larga meditación sobre la libertad de conciencia y el don poético que son los dos volúmenes de *Lisboaleipzig* (1994), *O Senhor de Herbais. Breves ensaios literários sobre a reprodução estética do mundo, e suas tentações* (2002), además de sus diarios *Um Falcão no Punho* (1985), *Finita* (1987) y *Inquérito às Quatro Confidências* (1996). Se trata de una literatura de frontera, un mundo litoral, sin clasificación genérica, sin líneas, sin secuencias; es una voz poética y pensativa a la vez, hecha de intermitencias, discontinua, imparable, torrencial que fascina o causa incomprensión, o ambas pasiones a la vez, porque es puro cúmulo de meditaciones. Es una literatura-humus, hecha de lecturas e imágenes desde las herramientas del registro íntimo y la discontinuidad fulgurante del instante.

Si el pessoano *Livro do Desassossego* abre la puerta al laboratorio en el que el poeta portugués ensayó las alquimias de su escritura (Gil, 1987), los retales diarísticos de María Gabriela Llansol (de los que presentamos aquí una selección) pueden entenderse como originarios de ese mismo espacio creativo. Son, en palabras de João Barrento, el registro de “la expansión y la constricción de los días, en ellos se acompaña el movimiento del pensamiento, en ellos se sondan las señales del mundo y se registran las reacciones del cuerpo transformando el diario en *signografía*” (Vaz, 2005: 15). Emerge en la página la subjetividad llansoliana entendida como proceso de selección de letras que forman palabras que forman frases, para no perder ni por un instante la consciencia de lo escrito ni del acto de escribir. Cada letra, cada subrayado, cada substitución, cada espacio es Llansol inscrita en la escritura.

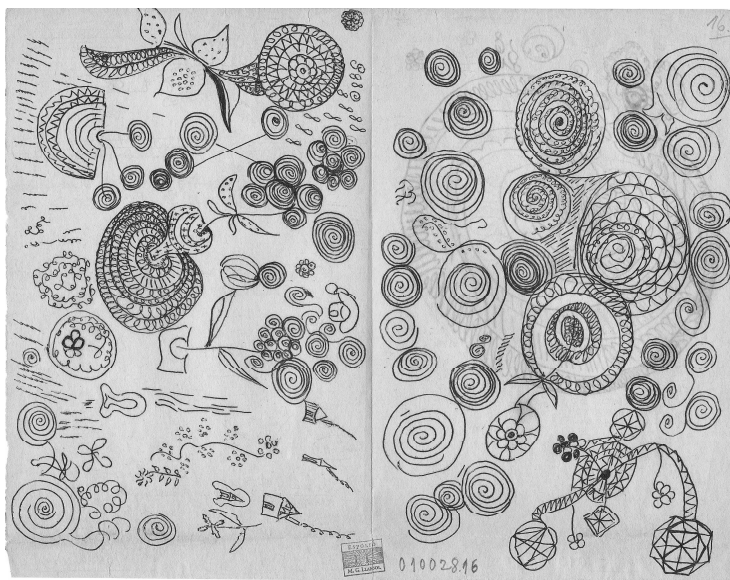
Si la aproximación a los manuscritos permite imaginar a la escritora dando forma a los “deseos por los que nos movemos”, su buscado deconstructivismo se materializa en sí mismo como teoría, al ofrecer un razonamiento sobre el proceso de escritura al mismo tiempo que lleva a pensar en el propio proceso de acuerdo con las formas implícitas en el texto (Culler, 2010: 25). La extensa y fronteriza obra llansoliana se revela como escritura meditativa en continuo proceso para poner de manifiesto la necesidad de hallar un lector que sea a su vez constructor de la obra. El lector es un demiurgo que crea y recrea aquello escrito para dar *longevidad* a esa obra que, indiscutiblemente, *existe por sí misma*. Si para Llansol la pedagogía —es decir, la dedicación al proceso de aprendizaje— fue una forma de vida en el exilio, la escritura —la construcción de una poética del mundo— fue una forma de vida en el exilio de la vida. Aquella “mujer sin hijos” que deseó que algún descendiente suyo escogiese también el camino del exilio, comenzó su obra literaria enseñando a leer a niños y la terminó convirtiéndonos a todos en lectores.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amaral, Fernando Pinto do (1994), “A escrita fulgurante de Maria Gabriela Llansol [crítica a ‘Um Beijo Dado mais tarde’, de Maria Gabriela Llansol; ‘Hölder, de Hölderlin’, de Maria Gabriela Llansol; ‘Amar Um Cão’, de Maria Gabriela Llansol]”, *Revista Colóquio/Letras. Notas e Comentários*, 132/133, abril de 1994: 196-200.
- Culler, Jonathan (1998), *Sobre la deconstrucción*, Madrid, Cátedra.
- Gil, José (1987), *Fernando Pessoa ou a Metafísica das Sensações*, Lisboa, Relógio d’Água.
- Llansol, M.G. (1988), *Da Sebe ao Ser*, Lisboa, Rolim.
- (1985), *Um Falcão no Punho*, Lisboa, Rolim.
- (1987), *Finita*, Lisboa, Rolim.
- (1990), *Um Beijo Dado mais tarde*, Lisboa, Rolim.
- (1994), *Lisboaleipzig I*, Lisboa, Rolim.
- (1994), *Lisboaleipzig II*, Lisboa, Rolim.
- (1996), *Inquérito às Quatro Confidências*, Lisboa, Relógio d’Água.
- (2002), *O Senhor de Herbais*, Lisboa, Relógio d’Água.
- (2006), *Amigo e Amiga. Curso de silêncio de 2004*, Lisboa, Assírio & Alvim.
- Vaz, Carlos (2005), *Diários de um Real-Não-Existente*, Fafe, Ed. Labirinto.

DIEGO GIMÉNEZ
Coimbra, 2013

CAMINO SOBRE LA ESCRITURA COMO SOBRE LAS AGUAS¹



4 de marzo de 1972, sábado

Me ha pasado de nuevo:

Me gusta perdidamente escribir (y perderme ahí).

No me gusta leer.

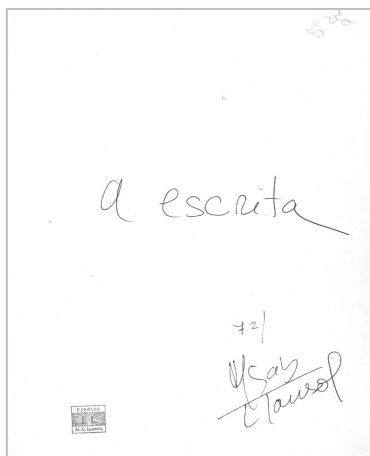
Me gusta escuchar música como si yo misma escribiese en ella.

Ya no consigo dissociar la lectura de la escritura (si consiguiera ver el texto mientras se produce, volvería de nuevo el placer de leer).

Ya no consigo leer sino escribiendo.

Si deseo ser reconocida como escritora, no es por soberbia. Es para que otros puedan testimoniar que escribir es la fuente de mi placer.

¹ Los fragmentos escogidos, en los que Maria Gabriela Llansol medita sobre la escritura, provienen de los cuadernos manuscritos de su archivo personal (cuadernos 1 a 9 de la primera serie, de un total de 76 cuadernos). Algunos han sido ya publicados en el primer volumen de los diarios inéditos, en curso de edición, bajo el título *Livros de Horas* (Lisboa, Assirio & Alvim). [Nota del antólogo].



11 de junio de 1972

En el principio era la palabra.

“Labra” - Termino de la propia palabra.

Parole – rô-le, un papel que se representa.

Lo que lleva la palabra a hablar es el deseo.

La palabra es un juego de no y de aceptación. El no lleva a la esperanza de una aceptación, como la aceptación es ya el principio de un próximo rechazo.

La palabra es una escritura del cuerpo, es una contabilidad del cuerpo.

En cuanto hablamos, el otro levanta vuelo, porque mi pensamiento se corta para dejar hablar al otro (esto pasa realmente).

La palabra es la escritura de mis deseos y de mis conflictos.

Cuando hablo, corro; el habla no es una lengua. A través de ella desvelo el código íntimo de mi cuerpo a aquellos que están disponibles y pueden hacerlo.

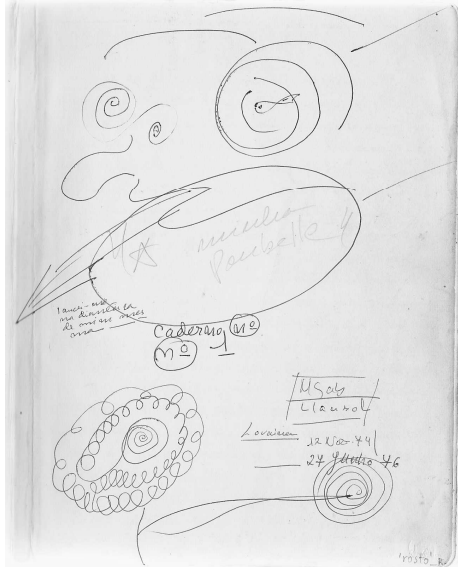
El habla es un vuelo y una violación del pensamiento, del otro.

La palabra es como una plaza común a la que dan todas las puertas del cuerpo – puede a través de la articulación reunir varias sensaciones.

El cuerpo a cuerpo me obliga a hablar del cuerpo a cuerpo.

Saber hablar es una forma de saber escuchar.

Poder libidinal de la palabra.



s.d. [1974?]

Poner los libros encima de la mesa, apilados, es la sobreimposición de paisajes.

La importancia que doy al Libro, a la escritura que hace el Libro, es la importancia que doy a la Revelación contenida en el Libro.

15 de agosto de 1974, media noche

Cuando la nostalgia, diez años después de haber partido de mi país, me pareció el eterno retorno, tuve, en una noche, la idea de que era necesario encontrar mi máquina de hacer infancias. Poco a

poco fui siendo consciente de que tenía afinidades con muchas situaciones y civilizaciones: la civilización de los mayas, la tibetana, la hindú, la condición del ser Sol, claridad, escritura, animal, canto.

A los cuarenta años el pasado se amplifica y pierde los límites. Se sobrepone al futuro, que emerge ya en el ciclo del tiempo. No es mi futuro, sino el de la comunidad de las cosas y de los humanos. Entre mis ojos y la mano que escribe se extiende mi cabello casi hasta el viento, cubierto por el chal negro. Como un diccionario es bello, en él están depositadas las palabras con las que hablo de Eckhart, de N., de Ana de Peñalosa, del oso. En él están depositadas las palabras con las que ellos me escriben.

Si yo pudiese ser ritmo saldría de casa, en esta noche.

8 de junio de 1975

Me doy cuenta de cómo es la escritura, un tejido de deseos por el que nos movemos, lucha entre lo establecido y los recuerdos que quieren liberarse en el archivo del texto.

Escribir, para mí, es escribir. Cuando escribo historias no me expreso. Y, finalmente, escribir es hacer una cosa con mis manos. Mis manos forman cosas, que salen de mis manos, de mi pensamiento, de mis recuerdos. Escribir es aprender a escribir. Escribir es un trabajo difícil, es hacer cosas que, a veces, no me gustan.

Así, las lenguas, sean francés, flamenco, portugués, no importa cual, respiran todas el mismo aire: espacio total a descifrar, transformación de lo que

experimentamos a través de la palabra, la memoria despierta, la explicación directa o metafórica del deseo. Es sonido, oído, mano, todos los campos del saber, concepción de muerte o de vida, lucha entre la demanda de sentido que devora y la gramática que, a veces, la preserva para regurgitarla.

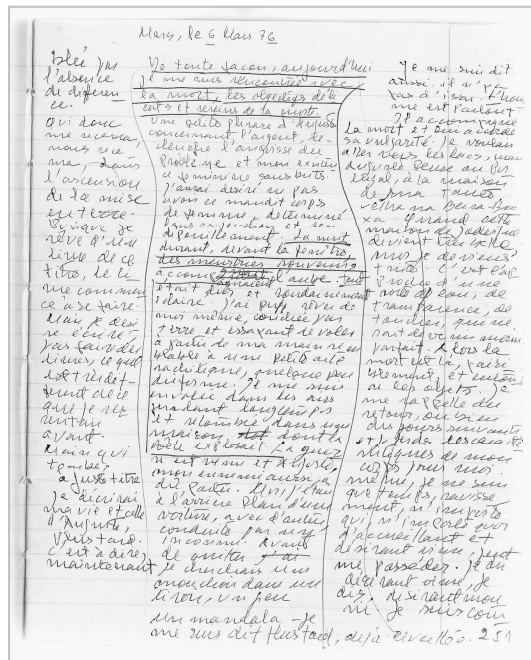
s.d.²

A partir de un cierto momento, cada libro era para mí como una hoja de papel. Y yo no leía. Estaba sentada delante de alguien, más concretamente de alguna cosa que contenía a alguien.

Nos mirábamos mutuamente, intercambiando visiones y recuerdos. Tenía la presencia corpórea del libro sobre la mesa, o sea, del otro, y el todo formaba parte de la misma voz.

Leía lentamente porque escribía lentamente. Pasaba todo el tiempo buscando nuestra muerte, sin miedo, sabiendo que esta sería, a pesar de todo, una explosión, y la escritura estaría en cualquier lugar.

Y me vuelvo más dulce.



² Texto en francés de una hoja suelta intercalada entre las páginas 212 y 213 del cuaderno manuscrito nº 1, de la primera serie. [Nota del antólogo].

28 de Marzo de 1976, domingo

Por la mañana, en la cama

En la casa inundada de claridad luminosa donde, en cada rincón, ya medité e inscribí un significado. Hay almohadas por todas partes. Fácilmente un tejido se corta y se cose, se expone como una hoja blanda y suave donde se puede reposar la cabeza para dormir.

Leyendo acurrucada en estas almohadas, no paro de escribir. De un lado condecora la escritura, de otro la lectura. Una nada imperceptible las separa y las liga. Al escribir tengo la impresión de que, al final, sólo leo. Y muchas veces, al leer, por detrás de la lectura, ya oigo la voz que escribe.

Más allá del francés y del portugués me gustaría conocer otras lenguas. Me faltan ritmos, símbolos, otras palabras y pensamientos.

*

Me apetecía, esta noche, salir de esta casa y reencontrar el mundo en todas las horas, en todos los años, mejor, siglos. Consciencias humanas, cuerpos, árboles, bichos. Sombras y claridades, aguas y estrellas. A mis pies y frente a mí parece que una puerta va a abrirse. Mi gato se ha tendido en mi regazo como un crío, y me es indiferente que sea un gato o un crío, es un ser musical y vivo.

En medio de la puerta he situado una vela que guía mi mirada y espíritu. Oigo el coro de los peregrinos. Si traspasase la puerta, estaría en el jardín, y abierta la puerta estaría en Bélgica, en la ciudad de Jodoigne. Es imposible, no tiene sentido esta geografía del mundo.

Recorro la llama y quedo dividida en dos mitades que se atraen. Una de ellas irá mañana a la Ferme Jacob.³ No repudio nada, no debo repudiar lo que forma parte de mi temporalidad y que también me sitúa en lo eterno. Seré humilde en este momento del destino. Todos tenemos un destino largo e imperecedero, que viene de la Historia y va hacia la Historia.

Mi gato en mi regazo es tan bello y me ha abandonado su cuerpo, vive conmigo mientras escribo. Su sangre pasa por mi espíritu y sus patas andan por mi mano. En cada espacio de la casa de Jodoigne hay una especie de carisma, o de numen. Es una casa para ser llevada, se sale a ella, diría Augusto. En mi cuarto están las pesadillas, en la cocina la paz, en el recibidor las plantas que florecen, o mueren. Aquí, en la sala que he dispuesto expresamente para la meditación, están

³ Ferme Jacob, la cooperativa de producción (y la escuela "La Maison") fundada por Llansol y su marido, Augusto Joaquim, en Lovain-la-Neuve (1974-1979). [Nota del antólogo].

las materias a meditar, como en el cuarto blanco está la lectura y la escritura con el cesto de la costura.

Tan grandes y tan tenebrosos van siendo estos tiempos que no sé dónde, y si debo, posar mi espíritu. Hago viajes sobre viajes y siempre tengo un canto espeso a mano.

¿Por qué no aprendí a bordar, a coser, a hacer ganchillo, a hacer punto, cuando era pequeña y joven? En una situación de aflicción extrema fui destinada a buscar la compensación de la escritura. Hubiera podido buscar la de la labor. Pero la labor y la costura sin lenguaje son como cosas/objetos sin símbolos. Ahora es el momento de aprender a coser, de encontrar-me con las otras mujeres. Penélope también.

Así me llegó el sonido en esta noche de marzo, después de la primavera.

19 de mayo de 1976, miércoles

Una vez más, la belleza de los miércoles, la belleza de las plantas y de su tierra, *que no es la nuestra*. Jade al lado, Fokouli en el regazo, las plantas que me permiten resucitar todos los miércoles, entre otras cosas y seres alrededor, el cielo por estudiar en cima mío. El lugar de Jodoigne, en el número 34, es un lugar de compasión, un instrumento óptico de largo alcance, una tierra de reposado movimiento. En suma, un espacio de dulce inteligencia.

Sin querer, mis figuras tutelares, incluso las de apariencia maléfica, comienzan a tomar cuerpo y espíritu, y escritura. Y, no obstante, no quería escribirles, dedicarles ni siquiera dos líneas; pero ellas vienen, vienen sin ser llamadas, precisas, a dar sentido a mi tiempo de vida. Ana de Peñalosa y su último amor, Al-Halladj, de rastro y poder desconocidos. Uno a uno se sientan pacíficamente en el interior de mi misma, como en su casa habitada. Hablan de sus sueños y deseos múltiples, de sus batallas, libros y épocas, de sus símbolos y caídas. Escriben sus tiempos quebrados y sus espacios amplios de vivos. Suavemente me interpelan, en voz baja se reconocen y ocupan, en un vibrante acuerdo, sus lugares a la mesa del libro. Yo misma los amo con un entendimiento mayor que el mío, ellos me saben insignificante sitio de paso. Pero, sin embargo, se vive los miércoles un momento de insustituible cohabitación en el que plantas, aves, animales, seres humanos presentes y ausentes, alcanzan una intensidad de vida, rara y que terminará mañana. Entonces es como si me adormeciese durante los restantes días de la semana hasta el sábado, hasta el domingo, hasta el momento en que Juan de la Cruz, entre el silencio de los remos en el agua llega hasta nosotros, hasta mí y la casa, con sus insospechados compañeros.

Ni siquiera consigo leer; una sola frase, y ya me pierdo en el ritmo de mil visiones, cada palabra refleja una nueva sensación y un nuevo pensamiento. Así ligados me recorren, y alcanzan el núcleo de cada habitación de la casa, donde ya he sido autor y personaje, fin de mí misma y súbito recogimiento. En tanto tiempo de vida aquí, en un único año peregriné con ellas, a la flor de la tierra y

del espíritu. Cae tranquilamente la tarde de hoy, la brisa es fresca, pero finamente inteligente.

Mi deseo de ser astrónomo, de conocer los astros, se vuelve más claro con la noche; mi deseo de ser historiador, de sentir cómo ha pasado el tiempo, y por quién y cómo, persiste; a la puerta de la casa de Jodoigne, donde estoy sentada, continúo pensando en los impulsos insatisfechos, los que no he conducido hasta el final. Bordar, conocer la técnica que une las manos al tejido, en fin, todo lo que podría haber sido.

Al final, lo que me interesa es saber infinitamente, sobre el saber de esta especie de parábola

Un hombre en la edad madura era un erudito, conocía lenguas orientales, había estudiado la cultura árabe como si siempre hubiese vivido en ella a través de los siglos; lo sabía todo, de todo se acordaba, todo lo unía en un grande ramo perfumado sobre el cual dormía, por la noche. Pero una vez, en la sexta hora del día, que es el instante de la aurora y de la llave de las pesadillas, perdió por completo la posesión de sus libros y estudios, en la memoria. Se puso entonces a meditar hasta la noche, meditó aún una noche más; como no estaba despierto, ni dormía, y no obstante, la pérdida de la memoria, la visión de todo en el tiempo, lo penetraba, se dijo a sí mismo: — “Tengo la mirada perdida en lo que he sabido.”

Es casi de noche, ya es imposible hablar de tarde. Voy a leer Siddharta, de Hermann Hesse. Pero no sé por qué razón una frase ha de ser mayor, o contener un poder más destacado de contemplación, que un libro. Leo un libro, contemplo una frase, contemplo el aire fresco, mi piel (de mi cuerpo) contempla el aire fresco;

a lo lejos, un pájaro anuncia su voz
durante largo tiempo
Siddharta sintió la herida
que lo quemaba.

Como casi ya no se ve, cierro la puerta (que hace un momento he cerrado) con tristeza.

14 de junio de 1976

*La vocación del exilio*⁴

⁴ Texto en nueve hojas sueltas de libreta, intercalado entre las páginas 22 y 23 del cuaderno manuscrito n° 2 de la primera serie. [Nota del antólogo].

Escribir es ahora un lugar cerrado, un muro. Cojo la pluma y el puño se niega porque el pensamiento nada encuentra, está distraído y vago. Sólo están las vibraciones de los automóviles que pasan, y mi espera. Aquí, estamos irremediabilmente separados, y la escritura no se dirige a nadie, y es sin destino.

He hablado esta mañana con alguien que emerge de esta penumbra pero que, viviendo en la ciudad, no tiene territorio. Ciudad de Lisboa. Donde nació. En el deseo de cosas que no veía, me mantuve hasta mi salida liberadora hacia el exilio. Mantenido por un antepasado, cosa, planta, hombre, animal, organización cósmica. No sé. Ahora, en este breve regreso que es ya partida, mi mayor descanso es detenerme en una mesa de café entre desconocidos de mi nacimiento, en la penumbra exigida por las dos horas de economía de energía eléctrica. Me dejo estar y escribir, es decir, acumular el futuro. Y tal vez de aquí a un tiempo, en una ciudad hermética como esta, ni floral ni aérea, ni arbórea, un descendiente mío, mujer sin hijos, sea llamado por el deseo de exilio y afirme su voluntad en otro territorio de este país, en Bélgica, o en los campos de esta tierra, o en cualquier otro lugar benéfico del mundo.

Las iglesias ya son todas iguales; lugar donde se entra para escribir, lugar de donde se sale sin memoria.

Aquí, un único sentimiento: escribo en portugués, estando reposada, fundada en la lengua. En la lengua descriptiva, sin metáfora, no musical. En la lengua atonal, de la que me acuerdo a distancia, reconstruida por el hecho de tener que acordarme.

Esto es un todo; el todo crea organismos demasiado interdependientes, sin singularidades. El todo es la superficie, no la evolución y la historia.

Ahora, al sol, voy a bajar hasta el Marquês de Pombal. Este sol es para mí una luz eléctrica en una habitación cargada de polvo y de duros trabajos.

¿Quién parte de aquí? ¿Quién regresa?

En las entrelíneas

la vocación del exilio.

Yerro, en el interior de esta ciudad moderna, buscando la partida. Avión que sobrevuela los sistemas políticos y los Estados, que aniquile de una vez fronteras y territorios. Los monstruos ya no vienen de los confines de la tierra, viven con nosotros en esfinges de hombres, han devorado animales y plantas, y hombres estrellas; y se mantienen como eran, con el mismo peso y estatura. Son periódicos y automóviles, supermercados y árboles fingidos, falsos rostros y restos. Recreo nuestro amplio mundo acuático, con flora, *Prunus Triloba* y nombres. En vano, nuestro río. Va perdida la suavidad del lenguaje. Va perdida la suave invención del lenguaje.

Mi historia es Historia. ¿Quién, quien sea, tendrá la percepción de lo que vivimos hoy? Yo, con vosotros, ando siempre en busca de fragmentos perdidos.

12 de noviembre de 1976

Esta sala del fondo de la casa parece acoger mi deseo de mantener un archivo en que pueda, en todo momento, recurrir a informaciones concretas que más tarde se disiparán en escritura meditativa. En mi opinión, la erudición no debe existir sino para ser disipada; volverse polvo, nada, alguna cosa y ciclo cósmico. Punto de partida y lugar de la muerte de sí mismo.

Busco el paso a la tradición, el paso de la mano que registra la boca que habla, y al oído. Parece, así, que hablo inapropiadamente de escritura y, no obstante, de ella hablo en todo momento. Pero el instante de la escritura, largo instante y sin embargo, tan rápidos los cuarenta y cinco años de mi vida, pasa, evoluciona, es el hábito de un nombre. Me siento elevada a la cima de un árbol, para escuchar el aire y comunicarme con una multitud de seres diferentes, sea palabra, otro hombre, concepto, sentimiento, poder, memoria, mineral o planta. Para que continúe escribiendo, un velo se rompe, me absorbe, y me devuelve polvo concentrado, último camino y nueva etapa.

Hay, entonces, una voz que murmura, que preferiría perdurar sin escritura, si yo osase creer completamente en la eternidad. Sin perder nada, esa voz cuenta cómo todo ha sido abolido y continúa manteniendo la misma permanencia.

Dicho esto, la escritura tiene que cambiar, oírse palabra a palabra.

Es el recelo de que no haya memoria,
es el relato, puro y simple,
de la experiencia y de múltiples formas
de negar o de alcanzar el Espíritu.

Finalmente, estudio y escribo en el suelo, guardo los libros y los papeles que aún no utilizo en la sala del fondo, la que tiene la alfombra manchada por el agua de lavar la orina de mi gato. Después, viene la profusión de objetos, la ropa que debo planchar y coser, aunque a esa altura desista siempre.

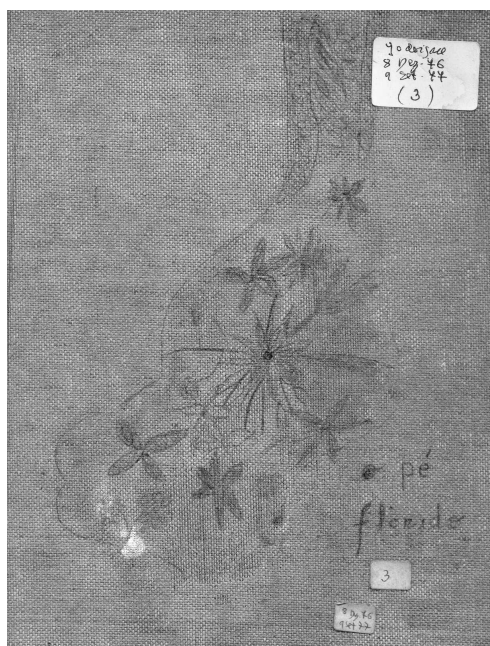
En la llama de la vela que mantengo encendida, incluso de día, la dispersión que tantas veces me alcanza, se concentra. Como si la llama fuese un remedio.

La llama es un recuerdo.

28 de noviembre de 1976

No soy una mujer madre, soy una mujer escritora, un ser humano que sobrevive gracias a la escritura, y su ejercicio me hace falta terriblemente. De

hecho escribo, avanzo, retrocedo, gano y pierdo vitalidad, pero en Ferme Jacob soy manos que trabajan con espíritu que se dispersa. Zozobro en la fatiga, zozobro sobre el peso de la paradoja que allí reina. Sólo hoy he encontrado fuga adecuada, lugar de observación estable y, por tanto, creador de distancia. Coger un libro como este es escribir lo que pasa, pasando por mí. Yo no soy un ente pacífico, que la razón regule. Pertenezco a varias épocas, soy autora de algunos libros, con diferentes lenguajes. El ser primitivo, el aristócrata, la mujer que vive, la mujer que representa, la mujer que contempla, la profunda compasión y el profundo odio. Principalmente, la tentativa de acceder al ser singular, destruidor consecuente de la institución y de la regla.



19 de febrero de 1977, sábado

Como en todas las mañanas en que me despierto en casa para allí permanecer, hay un pájaro que me transporta: una idea nace, una visión, un sentimiento, después no soy sino otro ser que coincide conmigo. Corporalmente me veo escribiendo sin cesar, es decir, participando de la eternidad a través de mi pulsión eterna de anotar, de recibir compañeros que se levantan de la nada, de escribir. No es posible continuar tan al margen de esos libros, sintiendo que mis energías se gastan en un excesivo trabajo manual y, a veces, en el confuso paraíso perdido de la granja de Jacob.

21 de febrero de 1979, miércoles

No consigo escribir, articular duradera y espacialmente la escritura. Es como si todo estuviese sumido por los escombros de excesivos/infinitos/incontables temas e ideas; hay un polvo sin fin que primero fue oro. Busco el hilo, el cordón, hago mentalmente el viaje.

17 de marzo de 1979, sábado

Cerrado está el exilo de las cartas y de las referencias.

Me han obligado al silencio más completo. Es como si estuviese en una prisión, o forzada a mantenerme en libertad vigilada, siempre con el silencio de lo que escribo al acecho, siempre con el silencio con el que escribo.

Así, de lo que escribo lo ignoro todo, menos la necesidad de hacerlo. Pasa el tiempo y debería envejecer, pero no envejezco, porque las palabras son vanas; de mi escritura solo sé que pasará los años conmigo y que tal vez sigan mostrando hacia ella el más estricto silencio. El silencio propicia la creación de figuras, y de épocas en las que estas se hundan.

Ana de Peñalosa será más ignorada que yo misma, estará poseída por los inmensos vitrales de olvido a los que su obra, al final, aspira. No puedo tocar el agua perpetuamente, bañarme, sin escribir. Hoy, he tenido la necesidad de desplegar las velas, como un barco; desde la mañana navego, jugueteo, surjo, desaparezco, me admiro con mi cuerpo, busco una sombra que ose dirigirme la palabra en la que reflejaré toda mi luz.

Me he vuelto adolescente sin saberlo, he tomado el inicio del camino hacia atrás, cambio las edades bebiendo su profunda vida. Donde te encuentro, afirmo que allí estás, hay una presencia gigantesca a mi lado que no domina la mía, ni me causa miedo, y que también es una tierra extraterrestre.

27 de marzo de 1979, martes

Escogida la forma en la que se iba a expresar mi deseo de sobrevivir, no me ha sido difícil subsistir en ella; si fuese un rey o un hombre de Estado, dejaría monumentos conmemorativos. Aunque todo, tarde o temprano, se convierta en polvo, sobrevivir escribiendo ¿será una manera ciega de ser útil a la especie?

La escritura. “Si pudiese escribir y editar yo misma.”

Leer/saber, como un rastro de feminidad al caer la noche.

21 de septiembre de 1979

Es extraño. Ordeno la casa y todo lo que hay son trastos. No valen un *sou*⁵ como si hubiesen sido devueltos a su condición de cadáver. La chimenea de

⁵ *Sou*, del francés, un chavo. [N. del T.]

mi cuarto, tan fea, la utilizo ahora como *écritoire*. Está exactamente a mi altura y puedo apoyar los brazos para escribir. No he escrito. He sufrido y vivido. Preparo la nueva escritura porque ¿escribir sin tener qué decir equivale, según una fórmula que recientemente encontré y que adoro, a perder el alma?

Por otros mil años que viva, la vida no acaba, se suspende.

4 de enero de 1980, viernes

He tenido la sensación de que la escritura me iba a permitir atravesar un universo situado más allá, o más acá, de la propia literatura. Y cuando el “niño” decía *yo*, registraba finalmente el principio de su encuentro con una multitud de seres cuyas relaciones (reales) yo iba a narrar. El discurso que usaba anteriormente dejó de ser la tentativa inconsciente de querer forzar tales puertas. Situada en estos términos, la escritura es para mí una experiencia de vida, y con esa experiencia puede mudar el lenguaje (el terreno) y hasta el sonido y el dibujo de los pasos / la narrativa.

En esta casa, y en estos jardines en Lisboa vivió durante muchos años una mujer que fue fundadora de una rama disidente de beguinas, Ana de Peñalosa, que dice:

— Desearía vivir en una casa blanca, de impecable limpieza, y servida por una criada que yo amase, en respuesta a su amor. Ambas también amaríamos al mismo caballero que defendería la casa. Yo pasaría mis días recorriendo los diferentes peldaños de la música e intentando no traicionarla *in extremis*, con el ritmo de los signos, que en esta comparación conceptual se volvería la lengua. Había seres de pequeña estatura, duendes, que habitaban en ciertos rincones, y que no me respondían cuando yo aún los llamaba concepto y narrativa. San Juan de la Cruz tenía un cuarto en el desván, a donde raramente venía, y yo me dispuse a recibir todo lo incompleto en viaje, como el de los pobres y el del propio cuerpo deseado de Tomás Müntzer. Semejante aceptación se traducía en placer y sufrimiento, cuando por la noche, al encender las luces, miraba al caballero que pernoctaba al frío de las intemperies, más allá del vidrio de la ventana. Mi criada Branca me servía la cena, a solas, y yo me la comía despierta, en una gran soledad de seres por venir, alcanzada por lo incompleto de los seres que juzgara crear, estando creados, y que el caballero traía de fuera. Era un hombre en la plenitud de la vida, que manejaba las armas y el amor con destreza, entregado a la defensa de aquella casa por ser un lugar del mundo donde había muchas posibilidades de alcanzar la victoria. Aquella noche, Juan de la Cruz se cruzó con él, subió al desván, sin dejarnos ninguna ilusión sobre la realidad confusa del ser. Si yo lo había reconocido, era por el olor, olor de trabajo, de sudor, y papel, del camino que él había recorrido. Dije a Branca que apagase las luces, y me dejé caer en el campo de su sombra, que borró todos los tejidos de la casa, y nos dejó a todos en estado de desnudez, a excepción del caballero, que

mantenía su arma metálica. Estaba indicado a qué hora de la noche, que era final, deberíamos hacer realzar nuestra meditación.

Una noche, una mañana, un pie delante del otro.

Para enseñarme a escribir y a contar en mi lengua, Ana de Peñalosa me metió en una habitación cerrada con fondo falso.

— ¿Reconoces esta lengua? — me preguntó.

— La reconozco.

— Bruta — dijo que debía responder. Desde ahora y para siempre.

Le saqué la silla donde se apoyaba y no sonreímos maléficamente una a otra. Retenerme en una habitación cerrada es una perspectiva que me abre algunas puertas.

25 de mayo de 1980, domingo de Pentecostés

Últimos días de Jodoigne

Mi vida, con su escritura móvil, no se transforma por la indiferencia; se transforma por la inquietud, de la que los últimos días de Jodoigne fueron terrible testimonio. Había heredado la crueldad, hasta conmigo misma, no suficientemente expresada, de las beguinas. Se proyectó, en este período de espera, un monstruo, pero sin garras floridas, garras garras.

Deseaba atravesar la naturaleza con cartas geográficas, como Ortelius hizo para el mar. El oído, cada vez más atento, sospecha una lengua de caminos pacíficos

que nombra, en voz baja, espacio, pensamiento, sonoridad y tiempo. No era exactamente esto lo que quería decir, me faltó para expresarme el golpe de ala del que habla Sá-Carneiro.⁶ El oído, cada vez más atento, sospecha una lengua de caminos pacíficos, de suavidades exactas y adecuadas a las evoluciones que duran siglos. *Prunus Triloba es la vara mágica de la transformación de la lengua*; y me vi con las manos levantadas, alzando la cabeza de mis hombros, y poniéndola más allá, próxima de la profusión vegetal del nuevo lenguaje. Escucho un rumor, el rumor me escucha, entre los dos pasa una época

en la que comenzó por ser domingo de Pentecostés y después, todo lo que tenía historia vino hasta nosotros.

Venga a nosotros vuestro reino,
venga a nosotros todo lo que tiene historia.

Presiento que *Prunus Triloba* es la vara mística de la transformación de la lengua.

⁶ *Para atingir, faltou-me um golpe de asa*, Mário de Sá-Carneiro, “Quase”, v. 3 [N. del T.]

18 de septiembre de 1980

[...] diré lo que la naturaleza permite; osaré decir que a los seres humanos los conozco en mi misma, y que a los otros seres —de animales a plantas— es preciso escucharlos, verles la forma que pasa —pelos, hojas, piedras— y seguir con el texto su vida oculta y resplandeciente.

No soy una intelectual, conozco y cultivo lo que le es necesario a mi vida; si me he acordado de escribir ha sido porque, sin ese lado de la revelación, me quedaría sin camino; camino sobre la escritura como sobre las aguas; y, sin saber por qué, afirmo que de la escritura sólo se puede desaparecer con precauciones; un largo rastro de memoria perdida me conduce; suerte que tengo poca memoria, la que retiene conocimientos ya elaborados. Me sirvo de los pasos de la cultura para atravesar sucesivas grutas donde yo misma he osado penetrar, un día cerrado de humanidad, es decir, un día que habían cerrado la humanidad. Pero ha sido breve.

Selección de JOÃO BARRENTO

Traducción de DIEGO GIMÉNEZ

© Espaço Llansol-Associação de Estudos Llansolianos, Sintra

